EL DIA DE LA VIRGEN,
ósea
EL SABADO DE CADA SEMANA
DEDICADO Á SU ALABANZA,
LIBRITO DEVOTO
escrito por
D. CASIMIRO GOMEZ VILLOSOLA.

— CON LICENCIA. —

LÉRIDA:
Imp. Mariana, á c. de F. Carrúez.
1880.
EL DÍA DE LA VIRGEN.
EL

DÍA DE LA VÍRGEN,
ó sea

EL SÁBADO DE CADA SEMANA

DEDICADO Á SU ALABANZA,

LIBRITO DEVOTO

escrito por

D. CASIMIRO GOMEZ VILDÓSOLA.

— CON LICENCIA. —

LÉRIDA:
Imp. Mariana, á c. de F. Carrúez.
1880.
Á LA
SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA
MADRE DE DIOS
CONCEBida SIN MANCHA.

Ó María, preservada de la masa corrompida
de los hijos de Adam, llena de gracia, vergel es-
cogido del Paraíso, vírgen incomparable, madre
augusta de Jesucristo, que nos concebiste entre
terribles dolores al pie del Calvario, y nos daís
tan singulares pruebas de vuestro amor, dignaos
recibir esta pequeña muestra de nuestra gra-
titud.

Ojalá que este libro os atraiga más cora-
zones, que con ardiente amor imiten vuestras
virtudes y aumenten vuestra gloria. Esta es la
única recompensa que solicitamos de vuestra
benignidad, y el único objeto que nos propu-
simos.

Oh María concebida sin pecado, rogad por
nosotros que acudimos á vos.
La Santísima Virgen amada de sus fieles hijos católicos ha recibido siempre el respetuoso homenaje de su culto y adhesión, no solo con el popular rezo del Rosario debido a Santo Domingo, con el Oficio Parco que la Santa Iglesia la dedica, sino también con consagrar a su memoria todos los días del mes de Mayo, que bajo la denominación simpática de Flores de María se celebran en muchas Iglesias y oratorios particulares.

Hay sin embargo un día de la semana que la piedad católica llama el día de María, y es el sábado, que no bastan al amor fino y constante solemnes aniversarios o mes del a
que lo renueve; y si nuestra dulcísima Madre es tesorera de todas las gracias y favores que recibimos, parece conducente, justo y racional, que con más frecuencia, en su día todas las semanas nos humillemos ante sus divinas plantas para manifestar nuestra gratitud y el cariño filial que la profesamos.

Preciosos libros hay que con el título de Mes de Mayo de María, de Semana de María y de Año mariano, fomentan la tierna y afectuosa devoción que la Señora inspira. Faltaba pues uno que ayudase a los fieles a emplear bien en su obsequio el sábado de cada semana, y hoy nos atrevenmos a publicar el presente librito que contribuirá a mantener en nuestros corazones un recuerdo vivísimo de sus bondades, y a merecernos de su maternal indulgencia más gracias y favores en la vida y en la hora de nuestra muerte. ¿Quién no amará a nuestra Santísima madre que nos adoptó en el Calvario precisamente cuando nuestros pecados crucificaban a su divino Hijo? ¿Cómo no imitar al Apóstol San Juan que la recibió en nombre nuestro por madre, y fue siempre un dignísimo y amoroso hijo de tan celestial Señora? Amemos a María y seasmos constantes en la devoción que se pro-

pone en este librito que la ofrecemos humildemente, y rogamos bendiga para su mayor gloria y exaltación de la Santa Religión católica.

Las acciones de cada día pueden dividirse en dos clases, exteriores e interiores, actos exteriores, como levantarse, acostarse, estudiar, etc., y actos interiores, como oír misa, orar, etc. El día de María constará de ambos, incluyendo en los actos de la vida interior las prácticas de su culto; y por esto este librito tratará también de lo mismo, viendo a ser un pequeño devocionario, que facilite y ayude la continuación de esta piadosa devoción bajo una forma amena en que abunden ejemplos edificantes y no se fatigue la atención de los lectores, que han de dedicarse también en dicho día a sus ocupaciones ordinarias. Gran júbilo será para nuestra alma, que aumentemos así el amor a la Santísima Virgen; y suficiente recompensa a nuestro humilde trabajo, que una sola alma por lo menos se agregue al crecido número de sus devotos. Lo esperamos confiados en la misericordia de la siempre Pura e Inmaculada Señora que tuvo siempre predilecto afecto a la católica España, porque estamos firmemente persuadidos con
el Venerable Grignont de Monfort, que solo la
devocion á la Virgen restablecerá en todo su
vigor la fe de nuestros antepasados y nos sal-
vará en la consumación de los siglos.

EL DÍA DE LA VÍRGEN.

PRIMERA PARTE.

PRACTICAS PARA LOS ACTOS DE LA VIDA EXTERIOR.

Toda nuestra vida se compone de innumerables actos necesarios al mantenimiento
del cuerpo y del espíritu. Si no los consa-
gráramos á Dios, no seguiríamos el precepto
del apóstol San Pablo, cuando en su prime-
ra carta á los Corintios, X, 34, les exhorta
á ello con las siguientes palabras: «Ora co-
mais, bebais ó hagais cualquier otra cosa,
hacedlo todo á la mayor gloria de Dios;» y
podríamos añadir, «y de su Santísima Ma-
dre.»
¡Oh! que rica cosecha de méritos pueden acumularse para la otra vida con solo ofrecer nuestros pensamientos, nuestras palabras y acciones al Señor por mediación de la Santísima Virgen. El barro vil de nuestras obras podría entonces convertirse en oro purísimo afinado en el crisol de la poderosa intercesión de María, y salvaría nuestras almas, la de nuestros prójimos, y contribuiría a la pronta libertad de las ánimas benditas del purgatorio, que gimen en lóbrega prisión, olvidadas quizá de los que más favorecieron en la tierra.

I.

AL LEVANTARSE DE LA CAMA.

Al dejar el lecho por la mañana se posará el cristiano en el suelo, y después de adorar a la Santísima Trinidad, pedirá su bendición á María, como buen hijo que saluda a su cariñosa madre; y á este propósito tendrá siempre en su alcoba una imagen de la Señora. Después pondrá todas las acciones de aquel día en sus manos para que las ofrezca al Señor. Ore pues, dejando hablar a su corazón, y si lo prefiere, recite con devoción la siguiente oración.

Oración á María al levantarse.

«Bendecid, Madre mia, á vuestro indigno hijo y bendecid á toda mi familia. Dignaos ofrecer al Señor en union con los méritos de vuestro divino Hijo, todo lo que haga y padezca en este día. Os consagro y ofrezco, Madre mia, cuanto soy y cuanto tengo, y os pido me ampareis bajo vuestro manto maternal. Por vuestra Concepción Inmaculada, por vuestros agudísimos dolores, os ruego me concedais la pureza de cuerpo y de alma y que no disguste en nada á mi Dios.»

No bien se levantaba el bienaventurado Enrique Suso, religioso de Santo Domingo, miraba á la Santísima Virgen desde el fondo de su alma, y la ofrecía su corazón. Mil Ave Marías rezaba Santa María Egipcia, y una persona piadosa besaba el suelo en honra suya.

Pedía una mañana Santa Angela de Folignó su bendición á la Señora, y oyó las
— 14 —

siguientes palabras que la produjeron celestial consuelo: «Bendigote y bendicete mi Hijo.»

La Beata Mariana de Jesus fué devotísima del Misterio de la Concepción inmaculada; y cuando se levantaba de su pobre lecho, se arrodillaba y decía: «Alabado sea mi Señor Sacramento y la limpia Concepción de mi Señora la Virgen María, de quien soy humilde esclava.»

II.

EL ESTUDIO Ó EL TRABAJO.

Para disipar del alma la ignorancia, se requiere el estudio que ofrece dificultades, y exige esfuerzos mentales. Para ganar el sustento, es indispensable el trabajo, que desde luego repugna á nuestra naturaleza viciada por el pecado de Adam, y que apetece la comodidad y el descanso, ó cuando menos quiere variar la monotonía de un trabajo siempre igual. ¿Cómo dominar esta funestas tendencia, sin acudir á María? ¿Qué medio para vencer los obstáculos que en el estudio ofrece una escasa memoria ó un talento mediano, sino invocar á la que la Iglesia llama Asiento de la sabiduría, sedes sapientiae?

San José de Calasanz, antes de dar clases á los niños, se encomendaba á la Señora, y varones eminentes, como Alberto el Grande, dotados de escasas facultades intelectuales, debieron su pasmosa ciencia á la devoción á María.

Postrate, pues ó cristiano, antes de comenzar el trabajo, como el Venerable Gignont de Monfort, ante una imagen de María, y reza como el fundador del Seminario de San Sulpicio, Mr. Olier, algunas Ave María.

San Edmundo, el sutil Escoto que defendió públicamente la Concepción de la Virgen, el bienaventurado Leonardo de Puerto Mauricio y el sabio jesuita Suarez estudiaban teniendo delante una estampa de María. Imploró su potente auxilio y se obtendrán resultados sorprendentes.
III.

LOS NEGOCIOS.

Pueden ser asuntos propios, de familia, con el prójimo, ó piadosos. Son motivo de tentaciones, escollos para la virtud particularmente en nuestro trato social, de donde el hombre, según el libro de la Imitación de Cristo, vuelve menos hombre, y deseamos siempre en ellos pronto y feliz resultado. Invocemos á María como lo han hecho los santos. San Vicente de Paul en la casa de San Lázaro abría todas las cartas que recibía delante del Santísimo Sacramento y de la imagen de María para obtener luz y buen acierto en sus empresas. Lo mismo hicieron Santo Domingo de Guzmán que concluyó con la herejía de los Albigenses propagando por todas partes la devoción del Rosario. San Felipe Benicio fundador de los Servitas y San José de Calasanz de la Religión de clérigos pobres de la Madre de Dios dieron nombre á sus Institutos, poniéndolos bajo su celestial amparo.

El Venerable Francisco del Niño Jesús trabajaba mucho en convertir mugeres malas, y para conseguirlo ponía bajo la puerta de una imagen de María una estampita del demonio, rogando á la Señora lo tuviese encadenado hasta que consiguiese su objeto. Y en efecto lo conseguía, cuando lo hacía así. Luchaba un joven que deseaba ser escolapio con el afecto de su madre que se lo impedia, cuando tuvo la inspiración de escribir una carta á la Madre de Dios, pidiéndola humildemente allanase las dificultades; y pocos días después de poner la carta á sus pies, trocase de pronto la voluntad de su madre y le concedió el permiso deseado, teniendo la dicha de vivir y morir en Religion siendo modelo y dechado de virtudes. San Francisco de Paula atribuía todo buen éxito á María, y San Gerardo mártir daba siempre lo que le pedían por amor de la Virgen.

Padres y madres, poned en la pila bautismal á vuestros hijos el dulcísimo nombre de María, y la Señora los bendecirá y llevará después de vida feliz á la gloria. Imitad á Santa Juana de Aza, madre del gran Santo Domingo, y á D.a Blanca, madre de
S. Luis, rey de Francia, que obtuvieron estos preclaros y escelentes hijos por la intercesion de la Virgen.

El Sacerdote en el púlpito y en el confesionario, el maestro cristiano, el juez, el abogado, el militar, el médico, el artesano, el pobre y el rico confi en la Señora, invocanla con frecuencia, y la dispensadora de toda gracia, la tesorera de Jesucristo, los patrocinará y concederá todo cuanto les convenga a su salvacion y mayor gloria de Dios.

IV.

LABOR Ó TRABAJO MANUAL.

La Santísima Virgen modelo de la muger cristiana, nunca estuvo ociosa, y siendo pobre ocupaba algunas horas del dia en coser y arreglar la ropa de Jesus y de San José. Los pañales con que envolvió á su Santísimo Hijo, no bien nació, y que vieron los pastores y los Reyes Magos, y la túnica sin costura que sortearon los que le crucificaron en el Calvario, fueron trabajados por sus benditas manos, y no es poco admirable que la tradicion nos haya conservado estos preciosos recuerdos que tanto enseñan del nacimiento y de la muerte del Hombre-Dios. ¿Quién no piensa con emocion en las veladas de Nazareth, y no ve con el espíritu devoto y enternecido, á la Señora confecionando con celo y esmero, al débil resplandor de una pobre lámpara, la ropa de la Santa Familia, santificada con el divino contacto de las carnes de Jesus y con el de sus purísimas manos? Aquí teneis, oh mugeres cristianas, mucho que aprender. Ya sea en vuestras familias, ya en las comunidades religiosas, ó en los talleres, unios á Maria; y el trabajo perderá su natural aspereza y las horas pasarán calladas y tranquilas, perfumadas con la memoria para siempre santísima de la resignacion de la Señora y del trabajo perseverante a que la sometia la pobreza de su casa.

Y no creais que Maria despues de la Asension cesó en esta santa ocupacion. Cosia para los pobres de Jesucristo y para los altares de la naciente Iglesia. Pensad vosotras tambien y remediad en lo posible la falta de hilas y vendas que experimentan los hos-
pitales y las casas de socorro; utilizadas en beneficio de los heridos y enfermos. Esos trapos que estorban en vuestras casas. Acor-
daos de muchas iglesias pobres que carecen de corporales, de sanabíllas de altar, de albas y otros objetos necesarios al culto, y
agradáreis á María, que más de una vez se ha aparecido, para manifestar cuánto ben-
dice esta ocupación. Del cielo bajó acompa-
nada de muchos ángeles para revestir á San Ildefonso con una preciosa casulla, que aún hoy se conserva inalterable, de un ra-
ro y delicado tejido, en la catedral de To-
ledo.

VI.

LAS COMIDAS.

El beato Berckmans no desdoblaba la servilleta sin rezar el ave María, y admirable fue su templanza. Meditad, almas cris-
tianas, en las pobres y frugales comidas de María, en su admirable modestía, en la parvidad del alimento que tomaba, dando á la naturaleza lo estrictamente necesario,
y observáreis cuán fácil cosa será hacer en este día del sábado una pequeña mortifica-
ción, privándos, sin llamar la atención, de algún alimento ó postre que os guste. Esto poco cuesta á quien ama á la Señora, y no faltan fervorosos devotos suyos que ayunan en honra suya todos los sábados. Á lo ménos sufrid, sin impacientaros, si la comida no está bien guisada, si algo os dis-
gusta; y después de comer, dad gracias á la Señora, rezando una Salve por haberos da-
do desde el cielo el pan de todos los días.

EL PASEO.

Al salir y entrar en vuestra casa, rogad á María. Nuestros antepasados, tan piadosos y devotos de la Virgen, solían poner en los portales de sus casas la siguiente inscrip-
ción:

Nadie pase este portal
Sin que diga por su vida,
Que María fué concebida
Sin pecado original.
Y en aquellos siglos de ardiente fe no se ponía el sol en los dominios de España, el Nuevo mundo era su tributario, y D. Juan de Austria, que colocaba en su nave como glorioso estandarte el Rosario de María, ganaba la batalla de Lepanto.

Si vais á dar un paseo, implorad la protección de la Virgen, que muchas veces libra á sus devotos de los peligros de alma y cuerpo que ocurren en las calles y plazas. Visitad alguno de sus santuarios, como hacía San Vicente de Paul y San Luis Gonzaga. Este santo concurria muchas veces á la iglesia de San Isidro, y visitaba la capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo. Allí mereció oir de sus purísimos labios, que ingresase en la Compañía de Jesús.

Si emprendeis algun viaje, acordaos que María es estrella del mar, salud de los enfermos y auxilio de los cristianos. San Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, antes de viajar rezaba las letanías de Nuestra Señora. Al regreso, dada las debidas gracias y ofrecedla algun piadoso recuerdo de vuestro viaje.

VII.

LAS DIVERSIONES.

La vida consagrada sin cesar al trabajo sería insoportable, y acarrearia enfermedades y la muerte. Dios instituyó el reposo, cuando terminó la obra pasmosa de la creación; y nuestra Santa Madre la Iglesia ordenó el domingo y fiestas de los santos para dar al alma una legítima espansión y al cuerpo el necesario descanso. Pero debemos no abusar consagrando á las diversiones lícitas, ó á las inocentes recreaciones, más tiempo del necesario, porque fácilmente degeneran en vicios y perturban la paz del corazón. San Juan evangelista descansaba de sus fatigas apostólicas jugando con una paloma. Un paseo agradable en compañía de nuestros parientes ó amigos queridos, un rato de música ó de buena lectura, las conversaciones agradables y en que no se falta á la caridad, son escelentes pasatiempos y suficientes para el debido recreo del ánimo y del cuerpo. Los cánticos á la Vír-
gen deleitan y producen gratas emociones. En los colegios de niñas, suelen durante la recreación las pensionistas entonar dulces plegarias á María, y en algunos sus blancas estatuas preside en los jardines sus juegos infantiles. Santa Isabel reina de Hungría daba á los pobres cuanto ganaba en el juego. En las familias donde reinan la piedad y el mutuo afecto háblase mucho de la Virgen, de sus milagros en Lourdes, de su culto, y se distraen con estos santos pensamientos, haciendo ver á los mundanos cuánto valen las alegrías puras del alma y los goces domésticos, muy superiores á los que produce el trato social. San Estanislao de Kostka sólo hablaba durante la recreación de la bondad y de las glorias de María.

VIII.

AL ACOSTARSE.

¿Quién que sea amante de María irá al lecho para descansar de las fatigas del día, sin tomar su bendición? Los novicios jesuitas de San Andrés en Roma, anta María la Mayor y piden su bendición. Muchos se acuestan á quienes la muerte sorprende durante su sueño. A Santa Mechtilde le enseñó la Virgen rezase una Salve todas las noches para lograr buena muerte. Pide también, alma cristiana, á la Señora que como Madre de misericordia ampare á los que durante la noche muriesen. Rogad al ángel de vuestra guarda que salude en vuestro nombre á María durante las horas de la noche, y dormid pensando en Nazareth. Al despertar decí: «Gracias á Dios y á María,» y así dareis á vuestra amantísima Madre el primer pensamiento y suspiro de vuestro corazón. Revelado fué á un santo, que hay un demonio que procura quitar á Dios el principio del día de los cristianos, para menoscabar así su gloria, inspirándoles, no bien despiertan, ideas, si no criminales y pecaminosas, á lo menos indiferentes.
SEGUNDA PARTE.

PRACTICAS PARA LOS ACTOS DE LA VIDA INTERIOR.

«Glorifico a mi Padre,» decía Nuestro Señor Jesucristo, es decir, busco su gloria en todo y no tengo otra intención en todas mis obras. Habiéndonos Dios criado para sí y para su gloria, somos como árboles plantados por él, que, provistos de ramas y de hojas, toman por las raíces la savia vivificante del suelo. Las ramas y hojas son las obras exteriores y las raíces son las interiores, por donde la vida celestial de Jesucristo se nos comunica, y, aunque de una manera oculta, ostentarán en su día en patria más feliz abundantes y sazonados frutos.
«Conocereis la verdad, y la verdad os librará,» dijo nuestro divino Salvador. Ésta es la meditación, primer acto interior que el cristiano debe hacer por la mañana. La meditación —oración mental— es la consideración de las verdades cristianas para atender al negocio de nuestra salvación, huir del pecado y practicar buenas obras. «María Santísima, dice el Evangelio, guardaba todas estas cosas y las meditaba dentro de su corazón.» Absorta siempre en Dios, su vida fue una perfecta contemplación.

Proponeos, pues, imitarla y pedirla que os sugiera lo que más le agrade. Así lo hacía San Eleazar, conde de Provenza, y fué varón de mucha oración, revelándole Jesucristo que María le enseñaba a orar. Nuestro Señor dijo a Santa María Alacoque que hiciera su oración tomando por modelo la Santísima Virgen, cuando fué presentada en el templo, y que se uniese a sus disposiciones interiores, pidiéndola se dignase darla en ellas alguna parte.

Varios pueden ser los asuntos o materias de la meditación; pero los sábados debe verse sobre la vida de la Virgen, como lo hacía el padre jesuita Silveira, que fué martirizado por los caferes después de haber convertido y bautizado al rey de Monomotapa. Al concluir la oración debe pedirse la abstinencia y odio al pecado, que esto pedía la Señora, según lo reveló Santa Isabel abadesa de Schonange en Alemania. No dejeis de suplicarla además, os conceda las virtudes propias de vuestro estado, y sobre todo aquellas que con tanto heroísmo practicó durante su vida mortal, la humildad, la modestia, la conformidad con la voluntad de Dios y la caridad.

Oración para pedir el amor de Dios.

Oh Madre dulcísima, os ruego humildemente me alcanceis por los méritos de vuestro Santísimo Hijo que me ame con todo mi corazón. Purificad mis afectos y dadme espíritu de sacrificio para que mi amor sea,
como el vuestro, completamente desinteresado y sincero. Amen.

II.

LA MISA.

Misa es la representación incriunta del sacrificio de la cruz, la mayor glorificación de la Santísima Trinidad, el ofrecimiento del Hijo como víctima por los pecados del mundo, y de la carne y sangre que recibió de María que unida hipóstaticamente al Verbo, nos salva y sirve de alimento en la Sagrada Comunión.

San Cárlos Borromeo, devotísimo de la Virgen, la dirigía antes de decir misa la siguiente oración:

**Omisión antes de la misa.**

Oh santísima y misericordiosísima Virgen, mostradle vuestro divino Hijo el cuerpo sagrado que le llevó y alimentó; mostradle también las llagas preciosas de vuestro corazón que concurrieron á nuestra redención. Haced que por medio de vuestras súplicas y méritos participemos dignamente de estos sublimes misterios, y disipad todo obstáculo que pudiera quitarlos la confianza de acercarnos al altar, donde nos aguardan pruebas innumerables de amor.

Decía San Bernardo al vestirse en la sacristía para celebrar la misa: «Padnos, Virgen bendita, por vuestra mediación, acéscen con vuestro Hijo, pues halláis la gracia, produjisteis la vida y sois madre de salvación.»

La venerable Ana María Taigi oía muchas misas los domingos, y un día orando en la iglesia de Ara Coeli ante la Santísima Virgen, que pintada en una columna estaba sin luz ni altar, oyó una dulce voz que le dijo: Hija mía, no temas, pues velo por por ti en medio del mar agitado que atraviesas; di al Padre que estoy aquí sin luz y quiero ser particularmente honrada en este lugar; si los Padres no lo hicieren, les obligaré á ello con milagros.» Así lo hizo la sierva de Dios, pero los Padres no prestaron atención á sus palabras, hasta que
fueron tantos los prodigios obrados por aquella santa imagen, que empezaron á honrarla con mayor culto.

En el ofertorio de la misa ofreced al Padre Eterno, en union con María, á Jesucristo por la salvacion del mundo. Despues de la consagracion acordada de la Virgen, cuando adoraba en el Calvario á su Hijo cubierto de sangre y traspasado de heridas.

El venerable Juan de Ávila, maestro de fray Luis de Granada, acercose una vez á un sacerdote que decia con muy poca devotion la misa: «Por favor, dijo, trate V. mejor al divino huésped, porque es Hijo del más noble padre.» También pudiera añadir: «y porque es el Hijo único de una escelentísima Madre.»

LA COMUNION.

«Consolaos, dice S. Bernardo, desdichados que habeis perdido la gracia de Dios. Jesucristo vuestro Redentor ha clavado en su cruz vuestros pecados, pero si os espanta su divina Magestad, acudid á María refugio de los pecadores.» María es la paloma de Noé que regresó al arca llevando en su pico una rama de oliva, «Bienaventurada Virgen, dice San Buenaventura, paloma fiel entre Dios y nosotros, que obtuvisteis el perdón del mundo y tragisteis la rama de oliva, signo de misericordia para reconciliar á los pecadores con Dios. María es aquel arco iris que vio San Juan junto al trono del Eterno para mitigar las sentencias pronunciadas contra los pecadores; y Dios aludia á ella cuando dijo á Noé: «Pondré en el cielo una señal de paz, y al verla me acordare de la perpetua alianza que he hecho con los hombres.»

La vispera de comulgar imita, alma cristiana, á San Francisco de Borja que rogaba á la Virgen prepararse su corazon para la Comunion. Este Santo conocia siempre por particular revelacion donde estaba el Santisimo Sacramento, aunque no hubiese lámpara encendida delante del altar. Reza pues cinco Ave Marias después del examen de consciencia de la noche.

Por la mañana pide con fervor á la Santisima Virgen que te adorne con sus méritos.
para recibir más dignamente á Jesucristo
dentro tu corazón.

Al comulgar, figúrate que María te da la
Sagrada Hostia diciendo estas palabras:
«He aquí el Cordero de Dios que crié y lac-
té para vosotros. Adoradle humildemente y
estrechadle en vuestro seno, repitiendo las
palabras de los Cantares: «Mi Amado para
mí y yo para Él.»

Oración á María antes de la comunión.

Oh Madre mia Santísima, interceded con
vuestra Divino Hijo para que use conmigo
de misericordia y perdone mis pecados.
¡Cuánto me alegrara, Virgen purísima,
recibiére con la devoción ferventísima de vues-
tras santas Comuniones! Alcanzadme fe vi-
va, firme esperanza y ardentísima caridad.
Creeré que vos misma, Señora mia, me lo
dais, y me decís que le ame, pues tanto me
amó que murió por mí, y que no le ofenda
más, pues es juez de vivos y muertos. Ha-
cedme agradable á sus ojos y viva y muera
en su gracia. Amen.

IV.

Accion de gracias.

Después de comulgar, acuérdate de Ma-
ría cuando transportada de amor entonó
aquel sublime cántico del Magnífico, y di
con frecuencia: «El Señor hizo en mí gran-
des cosas.»

Adora á la Santísima Trinidad, y ofrecé-
te á ella en unión con Jesucristo; llama á
tus potencias y sentidos para que adoren á
su vez, y pide por intercesión de María to-
do cuanto necesites.

Oración á María para después de la comunión.

Mi amabilísima Reina, os doy humildi-
simas gracias por el pan del cielo que me
habeis otorgado, por la víctima divina que
quiso quedarse en el altar para nutrirnos
con la verdadera vida. Oh Madre mia, in-
terceded por mí, reparad las negligencias
que por ignorancia ó malicia he podido co-
meter en esta comunión, y no permitais que ofenda más al Señor, pues prefiero antes morir. Os encomiendo al Santo Padre, Vicario de Jesucristo, a los sacerdotes y seglares, a mis padres y a mi familia, y a las ánimas del purgatorio, particularmente a la que más os amó durante su vida mortal. Bendecidme, Madre mía, y curad mis enfermedades espirituales y corporales. Alcanzadme que mi lengua no sea, y que mi corazón, hoy tabernáculo vivo, no admita amor criminal hasta que posea a mi Dios para siempre en la gloria. Amen.

No concluiremos esta parte de la comunión sin referir un rasgo de protección maternal que la Santísima Virgen dignó conceder a San Jacinto de la Orden de Santo Domingo, su fervoro o devoto. Hallábase el Santo en Kiev, ciudad de Rusia, donde había fundado un convento con una magnífica iglesia dedicada a la Reina de cielos y tierra. Una mañana, después de celebrar la misa, supo que los tártaros tomaban por asalto la ciudad, cometiendo inauditas profanaciones. Acercóse el Santo respetuosamente al tabernáculo, retiró la Sagrada Eucaristía, y la escondió bajo su túnica, ordenando a sus frailes que la siguiessen. Al llegar a la puerta de la iglesia oyó una voz dulceísima que le dijo: «¡Jacinto, Jacinto!» Vuelve los ojos el Santo hacia el lugar desde donde le llamaban, y advierte que la voz sale de una estatua de alabastro de la Santísima Virgen: «Jacinto, hijo mío, repite la Señora, ¿a mí abandonas?» El varón de Dios responde que no tiene fuerzas bastantes para mover estatua tan grande. María insiste «Si me amases un poco, ligera sería la carga. Confía en Jesus.» Corre entonces el Santo, toma la estatua y la lleva como si fuera una pluma. Sale de la iglesia con el santón Copón y la estatua de la Virgen, y se dirige a Cracovia. En el camino le corta el paso el río Borysthen; no halla barca, y lleno de confianza en el Señor y en su santísima Madre, bendice el río, y entra en él marchando como San Pedro sobre el mar de Galilea. Siguenle los religiosos, y no se mojan ni aun los pies. En el proceso de su canonización se refiere, que la huella de los pasos de Jacinto quedó impresa sobre las aguas, aunque siguieron su curso. Por muchas
años se vieron distintamente desde ambas orillas las señales de las plantas del siervo de Dios, como lo afirmaron millares de testigos. Finalmente San Jacinto llegó a Crape, y depositó ambos tesoros sobre el altar mayor de la iglesia de los dominicos, donde esta capilla desde aquel día lugar devocional de peregrinación.

V.

VENCER LA PASIÓN DOMINANTE.

Nace el hombre, vive y muere entre dolores. La vida sobre la tierra es una continua lucha, y nuestra carne es nuestro principal enemigo, debiendo vencer nuestros defectos y resistir a la pasión dominante a que estamos sujetos desde el pecado de Adam. La pereza, el egoísmo, la vanidad, la cólera y otros defectos surgen del fondo de nuestra alma y nos asaltan con frecuencia. Si existen a pesar nuestro y los combatimos, constituirán la recompensa y aureola de nuestra gloria en el cielo. La mortificación continua de estas miserias de la vida es un homenaje gratísimo a María, que el día del juicio particular ofrecerá a Jesucristo, almas cristianas. Los Santos experimentaron como nosotros esta lucha sin descanso, y estuvieron sujetos a los asaltos de las pasiones, combatiendo sin cesar defectos e imperfecciones que Dios permitió para conservarlos en la humildad. Imitad al dulcísimo San Francisco de Sales, que de carácter propenso a la cólera, tanto la dominó, que fue notable por su mansedumbre; y después de su muerte se halló petrificada la hiel por la violencia que hubo de hacerse. Del glorioso San Francisco Javier se refiere, que acometido de una tentación deshonesta, tanto se reprimió, que escupió sangre. Un pobre a quien el venerable Bernardino Gómez de Obregón dio una bofetada antes de su conversión, porque barriendo la calle de Postas en Madrid un día lluvioso le salpicó de lodo, fue modelo de mansedumbre, pues sin culpa alguna le pidió perdon; y admirado Bernardino de su paciencia y avergonzado de su acción, trocóse su corazón y se retiró a servir caritativamente a los pobres en el Hospital General.

Ofreced, pues, todas las noches a María.
las mortificaciones del día; dadla humildes
gracias, si lograis presentar en su santo
acatamiento las preciosas flores de la curio-
sidad vencida, de la paciencia, del pruden-
te silencio, de la vanidad despreciada y del
orgullo humillado.

VI.

SUFRIR LAS PENAS Y CONTRARIEDADES.

No hay nada tan fecundo como el dolor,
si se soporta cristianamente. Cuando se
aceptan con resignación las penas y contra-
rias, Dios se pone entre ellas y el alma
para suavizarlas ó disminuirlas. ¿Y acaso la
Virgen del Calvario, la Reina de los márti-
res dejará de socorrer á sus dolientes devotos
que la invoquen? Todas las virtudes son es-
fuerzos hacia el bien, y requieren pena ó
trabajo bajo muy distintas formas. No es po-
sible la paciencia sin el sufrimiento, la hu-
mildad sin la humillación, la castidad sin
la mortificación de la vista y del oído, y la
caridad, reina de todas, sin vencer las anti-
patías y amar á nuestros enemigos. La gra-
cia de Dios y el auxilio de la Virgen todo lo
pueden. Nadie padeció como la Señora tan
penosas contrariedades, ni bendijo tanto á
Dios en medio de sus dolores, porque le amó
más que todas las criaturas.

Bueno es mortificarse voluntariamente,
pero es mucho más meritorio recibir con re-
signación y gratitud las cruces inesperadas
que la Providencia nos envía y las penas de
alma y cuerpo que han de servir para nues-
tra salvación. Acudid á María en vuestras
tribulaciones y os socorrerá como Ausilio de
de los cristianos; aceptadlas con sumisión,
pues en Lourdes dijo á Bernardita era in-
dispensable hacer penitencia.

VII.

VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO
Y LECTURA ESPIRITUAL.

«Mis delicias, dijo Jesucristo, es estar con
los hijos de los hombres. Venid á mí los que
estais sobrecargados de trabajos, que yo os
aliviare.» Estas mismas palabras repite des-
de el fondo del santuario el divino cautivo,
y sin embargo apénas hay adoradores que le visiten. Dis puesto está á concedernos toda clase de bienes, y los hombres, hambrientos y sedientos de felicidad, no quieren saciar se en la fuente eucarística, siempre inagotable y fecunda. ¿Quién puede llamarse desgraciado sobre la tierra pudiendo recibir la Eucaristía, visitar á Jesús Sacramento, y acudir á una madre tan amorosísima como María? Visitamos á los parientes y amigos y aun á los extraños; acudimos con mayor motivo á humillarnos ante el tabernáculo de Jesús, á rendirle el debido homenaje de nuestro culto, y darle gracias por sus continuos beneficios. Adorémosle en unión de María, y que ella nos introduzca en su cámara divina.

La lectura es para la oración, como el aceite para una lámpara. La meditación sigue muchas veces á la santa y buena lectura, porque el corazón impresionado se siente escitado á lo bueno, y lo bueno procede de Dios. En la buena lectura Dios nos habla, y con ella recibimos sus santas inspiraciones. La mala lectura, por el contrario, falsifica las ideas, propaga los errores, promueve las malas pasiones y sirve de estímulo á la sensualidad. Quita la paz del corazón; con goces imposibles e ilusiones disgusta de la vida, y sumergiendo en tristeza y desesperación, debilitada la fe religiosa concluye por precipitar á sus víctimas en la locura ó en el suicidio. Renuncia, pues, oh alma cristiana, en obsequio de María, á la lectura de folletines, novelas y libros malos, que bajo fútiles apariencias y áun con títulos honrosos sólo producen la perdición de las almas. Medita lo que leas ante el santo Tabernáculo. San Vicente de Paul visitaba siempre al Santísimo Sacramento y la capilla de la Virgen en las ciudades donde trabajaba, antes de ir á su casa.

VIII.

EXÁMEN DE CONCIENCIA.

Examinad, al concluir el día de María, cual ha sido vuestra conducta con tan buena y amorísima Madre. Reprended á vuestra memoria de las negligencias cometidas, y á vuestro corazón de su tibio amor y poca gratitud á sus beneficios. Sed en lo suce-
sivo más fieles a vuestros propósitos, y procurad hacer cada vez con más perfección las prácticas de este santo día pidiéndola perdón por las faltas cometidas. Decid á lo menos la siguiente oración, ú otra semejante.

**Oración a María después del examen de la noche.**

Oh Virgen misericordiosísima, aquí te neís postrado ante vuestra presencia á este siervo malo y perezoso que os pide perdón de sus culpas. Oré sin devoción, juzgué mal á mi prójimo, dije palabras ociosas, y di amplia libertad á mi corazón y á mis ojos. Caí en la vanidad y en la gula, sucumbí á la tristeza, á la cólera, á la envidia, y cometí muchos pecados de omisión. Poco respetuoso con los superiores, poco amable con mis iguales, más busqué mi propia gloria que la de Dios. El orgullo de mi propio juicio me impulsó á preferirme á los otros, á criticar duramente sus defectos, á no compadecerme de los desgraciados, á no tener paciencia en los

trabajos y escandalizar á muchos. Sólo con mi arrepentimiento podré desagraviaros, y así dadme lágrimas de fervorosa contrición. Amen.
TERCERA PARTE.

CULTO DE MARÍA.

Todo hijo amante de su madre no sólo la honra con el respeto debido, sino que piensa con frecuencia en ella y la colma de atenciones y cariño. Si esto sucede en el orden de la naturaleza y se considera una especie de monstruo al hijo que no se conduce así, en el orden de la gracia tenemos también á María por madre, y aunque no la olvidemos con los actos de vida exterior e interior, debemos además tributarle un culto especialísimo que completará el sábado que la consagramos. Este culto particular puede consistir en promesas ó pactos, en una con-
sagración de nuestra vida y afectos, en invocarla cada vez que suene el reloj, en rezar su Oficio Parvo o el de su Concepción inmaculada, en dedicarla todos los días una parte de Rosario, en confesar y comulgar en sus festividades, en practicar cada sábado los ejercicios de este día, y en agradarla con una vida cristiana llena de virtudes y buenas obras.

I.

LAS PROMESAS Ó PACTOS.

Sea vuestra intención, alma cristiana prometer a María todos vuestros sufrimientos, todos vuestros pensamientos, todas vuestras oraciones. Las ejaculatorias son oraciones breves y fervorosas que se pueden ofrecer en todo lugar y tiempo. Cuando subía una escalera San Luis Gonzaga, rezaba en cada escalón un Ave María.

Amadla y alabadla con frecuencia, ofrecedla algunas cortas oraciones, algunas ejaculatorias todos los días de la semana, pero particularmente el sábado. Ah! ella intercede siempre por nosotros con su divino Hijo, y todos los beneficios que recibimos pasan antes por sus benditas manos. Manifestemosla así nuestra gratitud.

«Virgen amabilísima, pues tan digna sois de mi amor, prometo firmemente amaros y consagraros todos mis afectos. Ya que no me es posible pensar continuamente en vuestras perfecciones, supliré mi falta con el siguiente pacto.

Cada vez que diga: «Os amo, Virgen perfectísima,» equivale á deciros que os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, más que á mis padres y parientes, más que al ángel de la guarda y que á los santos del cielo; que pospongo á vuestra amor todos los honores, los placeres, las riquezas, la salud, la vida y todo lo creado, menos la santa humanidad de vuestro Hijo.

Cada vez que os diga: «Virgen fiel, os alabo,» deseo tributaros todo honor y toda la gloria que la Santísima Trinidad, los
ángeles y santos, los cielos y la tierra os darán por toda la eternidad.

Cada vez que os diga: «Os doy humildes gracias,» quiero ofreceros el mismo homenaje de gratitud de todos los ángeles y santos, y aún el de vuestro Santísimo Hijo.

Cuando os diga: «Madre mía, en vos espero y me regocijo,» pretendo que seas con Jesús mi refugio y mi esperanza, a la vez que me alegro de vuestras prerogativas y escelencias.

Cuando os diga: «Madre de dolores, sufrí con vos,» expreso que uno mis dolores a los vuestros, para que sean así meritorios.

II.

CONSAGRACION A MARIA.

Las congregaciones piadosas dedicadas a honrar y dar solemne culto a la Virgen son como centros piadosos en que los cristianos la consagran parte de su tiempo para alabarla y manifestarla su amor. Todas las clases de la sociedad, desde los Reyes hasta sus más humildes vasallos, han for-

mado parte de ellas, gloríándose siempre en vestir los escapularios de la Virgen, sin dejarse llevar de respetos humanos. Muchas de estas congregaciones existen en España, nación sobre todas las naciones devotísima de la Señora; pero las más populares y enriquecidas con indulgencias son las del Escapulario azul celeste, la de los Servitas, la del Pilar, Nuestra Señora de Montserrat, la del Cármen, del Amor Hermoso, y otras muchas que hay en varias ciudades y villas.

Puede, sin embargo, el de oto de la Virgen consagrara su alma, como lo hizo San Francisco de Asís con la oración Domina mea, San Bernardo con el Memorare y San Bernardino de Siena que se consagraba todas las mañanas a su servicio. Algunos padres y madres suelen consagrara sus hijos. Los reyes, como Carlos III, consagraron la España a la Purísima Concepción, fundando una orden de nobleza que lleva por escudo su preciosa imagen. El P. Eudes, misionero del Santísimo Sacramento, instituto reciente aprobado por S. S. Pío IX, consagróle a la Virgen, firmando con su sangre, esta declaración que llevaba siempre consigo, y ordenó fuese enterrado con ella.
No basta pensar siempre en María. Elegid una de sus festividades, y después de confesar y comulgar, dedicadla todo cuanto sois, como lo hizo San Benito Labre en 1783, que la consagró todos los instantes del año, y en dicho año murió. Renovad esta consagración todos los meses, o más brevemente, siempre que beseis la medalla de la Virgen que llevaréis constantemente. Hé aquí un acto de consagración.

Consagración á María.

Reina de cielos y tierra, os alabo y venero como la criatura predilecta del Altísimo, y me consagro á vos perpetuamente, prometiendoos hacer lo que más os agrade y ser vuestro más humilde siervo. Digno, clementísima Señora, aceptar mi ofrecimiento y libradme toda mi vida del pecado y de los lazos del demonio, y en la hora de mi muerte no me desamparéis, para que, mediante vuestra intercesión y la de vuestro santísimo esposo José, pueda alabaros siempre en la gloria. Amen.

--- 53 ---

CUIDADO SUEN€ LA HORA EN EL RELOJ.

Saludar á María cuando suena la hora, es una buenísima costumbre que practicaron Santa Catalina de Sena, San Leonardo, el beato Alfonso Rodríguez y San Alfonso Ligorio. Decid con el P. Caraffa: «Loado sea Dios, loada sea María.» y la Virgen os enviará una nueva gracia. Saludóla un día San Bernardo diciéndola: «Dios te salve, María.» y la Virgen le contestó con voz clara y perceptible: «Dios te salve, Bernardo.» San Francisco de Paula pronunciaba su nombre con suma reverencia, y apenas osaba nombrarla San Esteban, rey de Hungría. San Ligorio ponía su nombre al principio de las cartas que escribía, y lo besaba cada vez que lo veía impreso en un libro.

Casi todos los santos la dirigían con frecuencia fervorosas jactulatorias. Digamos, pues, con San Francisco Javier, al sonar la hora: «Madre de Dios, acordaos de mí;» con San Felipe Neri: «Virgen María, rogad á
Je u por no otro » ó con Alfonso Rodríguez: «Jesus y María, mis dulces amores, sufría, muera por vosotros, y sea nada mío, todo de los dos.»

Rezad las tres Ave María del Angelus todos los días, invítando a las criaturas a las alabanzas de la Madre de Dios y de los hombres. San Carlos Borromeo se arrodillaba, y lo rezaba en las calles y plazas.

IV.

EL ROSARIO.

Rosario quiere decir sarta o cadena de rosas. Los primitivos cristianos se complacían en coronar con rosas las imágenes de María. Se cree que San Gregorio Nacienceno ofreció por primera vez á la Virgen una corona espiritual de oraciones; pero es indudable que Santo Domingo fué el propagador de esta bellísima devoción.

El Rosario, que consta de quince misterios, compendia los gozos, los dolores y las glorias del Evangelio, y es el breviario de los caminantes, de los enfermos, de los pobres y de los que no saben leer.

San Francisco de Sales hizo voto de rezarle todos los días. Blanca de Castilla alcanzó del cielo con esta devoción el nacimiento de su hijo San Luis. Isabel la Católica lo rezaba también, y artistas célebres, como Hayda y Mozart. Cecilia, monja dominica, lo llevaba todo el día en la mano, y después de su muerte sus dedos oían a rosas.

Llevemos siempre con nosotros el rosario, terrible escudo contra los lazos del enemigo, y preservativo de muchos males. San Alfonso rey de Galicia y de Leon lo llevaba siempre consigo, y San Luis Beltran se lo ponía de noche al cuello. No dejemos, pues de rezarle todos los días, y ofrezcamos á la Virgen cada decena, tomando por intercesores al santito ángel de la guarda, á S. Miguel, á S. José ó al Santo de nuestra mayor devoción. Hay también el Rosario llamado de Ánimas, muy privilegiado con varias indulgencias; con él se proclama á María Reina del purgatorio, y se libran muchas almas de aquellas tristes prisiones. Cuidad sobre todo de no rezar precipitadamente el Rosario, pues sería una
gran irreverencia, y la Virgen se apareció a Eulalia, monja cisterciense, para que lo rezase despacio, y no la privase del inefable gozo que experimentaba cada vez que decía: «El Señor es contigo.»

Rezadle, como San Leonardo, delante de un altarito que dedicaréis a la Señora encendiendo ante su imagen una lámpara, y allí depositaréis vuestras súplicas y peticiones. Las imágenes de María inspiran la pureza, calman los sentidos, refrescan el corazón, y parece que de sus ojos se destila sobre nuestras almas un rocío virginal. Y si no podeis poner lámpara, sedlo espiritualmente, siempre ardiente. En ese altarito pondréis algunas flores, y dálas a Jesús por medio de María. Así lo hacía San José de Cupertino.

Santa Teresa ponía las llaves del monasterio a los pies de la estatua de María, y una religiosa franciscana la llamaba Superiora o Abadesa de la comunidad. Confiad a la Virgen la llave de vuestro corazón, decidid todas vuestras necesidades, y esperadlo todo de su providencia maternal. San Francisco de Paula tenía en su oratorio una imagen de María, que era todo su refugio; y Santa Eduvigis la llevaba siempre en la mano, y con ella tuvo la dicha de morir. San Edmundo hizo grabar un anillo con las palabras «Ave María,» y se lo puso en un dedo a una estatua de la Virgen, mereciendo con este acto su especial protección. San Fernando rey de Castilla y de León llevaba bordada la imagen de la Virgen en el estandarte principal de su ejército.

Hay muchos modos de honrar a María: repartiendo sus medallas de la Milagrosa, del Cármen, o de Lourdes; distribuyendo muchas estampitas suyas para acrecentar su devoción, o recogiendo las cajas de fósforos vacías que hay tiradas por las calles, y que llevan en la tapa su sagrada imagen. pues no puede versela sin dolor por los sueños y pisada de los transeúntes. Levantemos del fango y polvo, y confiemos en que misericordiosa nos confortará en las penosas horas de nuestra muerte.
San Vicente Ferrer, San Luis Gonzaga, San Carlos Borromeo, Santa Brígida y otros muchos Santos lo rezaban todos los días. El beato Alfonso Rodríguez rezaba a la Inmaculada Concepción, que está traducido al castellano y cuesta un real. El Venerable Maestro Juan de Ávila decía, que lo mejor para ser puros y castos era ser devotos de la Purísima Concepción, y San Ligorio recomendaba mucho repetir tres veces mañana y noche la siguiente jaculatoria: «Por vuestra Concepción sin mancha, purificado, María, mi cuerpo, y santificado mi alma.»

Pedro Lefévre, compañero de San Ignacio, antes de recitar el Oficio decía muchas Ave María para concentrar más su atención en la oración; y el jesuita Barrada empleaba en dicho rezo de seis a siete horas. Dedicad cada parte del Oficio a uno de sus misterios: Matines a su Purísima Concepción; Laudes á su prerrogativa sin igual de Madre de Dios; Prima á su Natividad; Tercia á su Presentación; Sexta á la Anunciación; Nona á la Visitación; Visperas á la Purificación, y Completas á la Asunción.

Al Gloria Patri inclinad respetuosamente la cabeza. Aparecióse la Virgen á un monje cisterciense que estaba enfermo, y cuando oyó que se entonaba en el coro el Gloria, junto las manos y se inclinó profundamente. Meditad pausadamente el Magníficat, y considerad la devoción con que lo rezó la Virgen. Cántico sublime, inspirado por el Espíritu Santo, lleno de estupendas maravillas, produce inagotables reflexiones y dulces emociones en el alma.
Aquella a quien la Iglesia llama «causa de nuestra alegría.» San Estanislao de Koseka, san Bernardino de Siena, San Diego, Santa Isabel de Portugal, San Afonso Ligorio y otros muchos Santos ayunaban todos los sábados. En muchas comunidades se tiene la santa costumbre de privarse de alguna cosa en la comida; y la celestial Señora favorece en sus tribulaciones y libra en los peligros a los que se mortifican así en honra suya.

Visítad á los pobres o dádesles alguna limosna en este día. Cuéntase de un religioso, que no pudiendo dar limosna á los pobres, rezaba por ellos un Padre nuestro Ave María, y estando orando una vez, se le apareció la Santísima Virgen y le dejó ver su celestial semblante.

En este día la meditación y la lectura han de referirse á María; confesad, comulgad y visitad alguno de sus santuarios. D. Sebastian rey de Portugal oía dos misas todos los sábados, y ayudaba una de ellas. Invocad á los Santos de la familia de María, al glorioso Patriarca San José, que, como decía Santa Teresa, tiene poder para concedernos cuanto le pidamos; y añade la Santa con su admirable ingenuidad: «Esperimentenlo y lo verán;» á San Joaquín y Santa Ana, y á sus fervorososísimos devotos, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Domingo, San Bernardino, San Estanislao y San Ligorio. Santa Rosa de Lima la ofrecía todos los sábados un ramillete de flores de un pequeño parterre que cultivaba con este fin. Ofrezcámosle un ramillete espiritual de todas las buenas obras hechas durante la semana, y suplicadá la supla lo que falte con sus propios méritos.

Si sois cabeza de familia, decid con todos los vuestros una oraición especial ante su sagrada imagen: haced una lectura sobre los privilegios de la Virgen y sus continuos beneficios, para que sea más conocida y amada. ¡Dichosa el alma que sepá inspirar á otra su simpática y santa devoción!

El P. Salmeron, compañero de San Ignacio, predicaba todos los sábados. Lo mismo hacia San Ligorio que compuso en su alabanza el admirable libro *Glorias de María*, que debieran leer todos los cristianos.

Pero lo que más agradará á la Señora, será que vivamos santamente, que aspiremos á mayor perfección, y que con el buen
ejemplo hagamos amable la piedad, y propaguemos más su bendito culto.

No olvidemos que el sábado es el día predilecto de María en este mundo y en el otro, pues libra en él a sus devotos de las terribles llamas del purgatorio, según lo tiene prometido á los inscriptos en la Santa Hermandad de Nuestra Señora del Cármen, y á Santa Úrsula Benincasa para los cofrades del Escapulario azul celeste. ¡Oh día bendito, día de María, sábado devoto de la tierra! Sé benignamente aceptado en el acatamiento de la Emperatriz de cielos y tierra, para que preceda al sábado gozoso e inefable de la eternidad, donde estáticos contemplamos la hermosura de María y cantemos su gloria inmortal.

Trinidad. Bésase después amorosamente la cruz como para unirse á Jesucristo, único adorador verdaderamente digno de su Padre, y aspirar de sus llagas adorables la gracia y salvación que en sí contienen.

Al primer Padre nuestro reanímense nuestro corazón con una vivísima confianza. Saludemos á la Señora al finalizar el Rosario con tres Ave Maryas y Gloria Patri, como á Hija del Padre Eterno, Madre del Hijo de Dios, y Esposa del Espíritu Santo.

Nómbrese al empezar cada decena el misterio correspondiente, en la forma siguiente.

MÉTODO PARA REZAR EL ROSARIO SEGUÍ LO PADRES JESUITAS Y REDENTORISTAS.

Se comienza haciendo devotamente la señal de la cruz, saludando á la Santísima Trinidad. Bésase después amorosamente la cruz como para unirse á Jesucristo, único adorador verdaderamente digno de su Padre, y aspirar de sus llagas adorables la gracia y salvación que en sí contienen.

Al primer Padre nuestro reanímense nuestro corazón con una vivísima confianza. Saludemos á la Señora al finalizar el Rosario con tres Ave Maryas y Gloria Patri, como á Hija del Padre Eterno, Madre del Hijo de Dios, y Esposa del Espíritu Santo.

Nómbrese al empezar cada decena el misterio correspondiente, en la forma siguiente.

MISTERIOS GOZOSOS:

1.ª Decena.—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús, que siendo virgen concebiste. Santa María, etc.

2.ª Decena.—Dios te salve,... Jesús, quele vaste en tu seno al visitar á Isabel.

3.ª Decena.—Que pariste siendo virgen.

4.ª Decena.—Que presentaste en el templo.

5.ª Decena.—Que hallaste en el templo.
MISTERIOS DOLOROSOS.

1.ª Decena.—Dios te salve... de tu vientre Jesús, que por nosotros sudó sangre. Santa María, etc.
2.ª Decena.—Que por nosotros fue azotado.
3.ª Decena.—Que por nosotros fue coronado de espinas.
4.ª Decena.—Que por nosotros llevó la cruz á cuestas.
5.ª Decena.—Que por nosotros fue crucificado.

MISTERIOS GLORIOSOS.

1.ª Decena.—Dios te salve... de tu vientre Jesús, que resucitó de entre los muertos.
2.ª Decena.—Que subió á los cielos.
3.ª Decena.—Que envió al Espíritu Santo.
4.ª Decena.—Que te llevó á los cielos.
5.ª Decena.—Que te coronó en los cielos.

Después se reza la Letanía de la Santísima Virgen. Este método ha dado muy buenos resultados.

MISTERIOS DOLOROSOS.

1.ª Decena.—Dios te salve... de tu vientre Jesús, que por nosotros sudó sangre. Santa María, etc.
2.ª Decena.—Que por nosotros fue azotado.
3.ª Decena.—Que por nosotros fue coronado de espinas.
4.ª Decena.—Que por nosotros llevó la cruz á cuestas.
5.ª Decena.—Que por nosotros fue crucificado.

MISTERIOS GLORIOSOS.

1.ª Decena.—Dios te salve... de tu vientre Jesús, que resucitó de entre los muertos.
2.ª Decena.—Que subió á los cielos.
3.ª Decena.—Que envió al Espíritu Santo.
4.ª Decena.—Que te llevó á los cielos.
5.ª Decena.—Que te coronó en los cielos.

Después se reza la Letanía de la Santísima Virgen. Este método ha dado muy buenos resultados.
Basta por todos el müv singular que dispensó á aquel capitán de ladrones, que por haber tenido, á pesar de su mala vida, esta loable costumbre de ayunar los sábados á pan y agua, mereció quedar vivo después que le cortaron la cabeza, hallándose en pecado mortal, y confesarse bien, comó él lo declaró antes de morir.

»No hará mucho, pues, en obsequiarla con este ayuno quien pretenda ser su esclavo y especial devoto, y más si sus pecados tienen merecido el infierno. Yo digo que difícilmente se condenará ninguno de cuantos practiquen esta laudable devoción, no porque si alguno tiene la desgracia de acabar su vida en pecado mortal, le haya de librar la Virgen con un gran milagro de las penas eternas, como al capitán de bandidos, estos son prodigios muy raros de la divina misericordia, en los cuales sin más sería locura fiarse para pretender la salvación eterna. Lo que digo es, que á todo aquel que hiciere este obsequio á la Virgen santísima, fácilmente le alcanzará la divina Señora que perseverance en gracia y tenga buena muerte. Todos los hermanos de nuestra mínima Congregación que puedan, harán bien en observar los sábados este ayuno, y los que no, bueno es que con el ayuno ordinario se reduzcan á un solo plato, ó se abstengan de fruta ú otro manjar sabroso.

»Entre las demás devociones que se le pueden ofrecer aquel día privilegiado, se cuentan igualmente la comunión, misa, visita y oración á cualquier imagen suya, cifículo, y otras semejantes, porque el sábado es día en que nos hemos de señalar con alguna cosa que le complazca. A lo menos procuren sus devotos ayunar sus vigilias á pan y agua, ó en la mejor forma que puedan.«

IX.

LA LIMOSNA.

»También acostumbran, dice el mismo San Alfonso María de Ligorio, los devotos de la Virgen socorrer á pobres, especialmente los sábados. Cada sábado repartía lo que ganaba en la semana aquel zapatero santo llamado Deusdedit, que cuenta san Gregorio, y en pago de esta caridad mostró Dios...
en el cielo a otra buena alma un suntuoso palacio, que solamente los sábados se fabricaba, destinado para su siervo. San Gerardo nunca negaba cosa que le pidiesen en nombre de la Virgen, y lo mismo hacía el Padre Martín Gutierrez, de la Compañía de Jesús, asegurando no haberle pedido jamás ninguna gracia que no alcanzase, y habiendo muerto á manos de los herejes hugonotes al pasar por Francia de viaje para Roma, se dignó la Señora bajar en persona del paraíso con otras vírgenes á donde quedó el cadáver, envolverlo en un lienzo y llevárselo consigo. Igual facilidad de concederlo todo por María usaba San Everardo obispo de Salzburgo, y en premio vió una vez un santo monje, que le llevaba en brazos como á niño la Madre dulcísima, diciendo así: «Este es mi hijo Everardo que nunca me negó nada.» Otro tanto hacía Alejandro de Ales, y sin más que rogarle un lego franciscano que por ella se hiciese fraile franciscano, al instante dejó el mundo y tomó el hábito.

»No omitan, pues, sus hijos y devotos de dar todos los días en nombre de tan buena Madre alguna corta limosna, y los sábados mayor. Quien no pudiere, súplalo con cualquiera obra de caridad, como visitar á los cofrades enfermos, pedir por los pecadores y ánimas del purgatorio, etc., pues es mucho lo que le agradan las obras de misericordia.»

X.

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

¿Adónde alzar mis ojos que abate mi quebranto
Si no es á ti, Señora, que miras mi aflicción?
A tí que me prometes con tu estrellado manto
Cubrir ¡ay! las heridas del tierno corazón.

A ti, Virgen hermosa, que nunca fuiste esquiva
Con el que al fin te busca contrito pecador;
A ti vuelvo mis ojos, pues juzgo es compasiva
La Virgen, á quien tengo por madre del amor,

Amar fue mi delito, mis culpas son de amores;
Oh Virgen soberana, amando me perdí;
Hoy triste y sin consuelo, solo con mis dolores
Me encuentro abandonado si no hallo amparo en ti!

He sido un hijo ingrato, piadosa Madre mia;
Ya lloro lo que cuesta la negra ingratitude:
De hoy más serás tu sola mi dicha y mi alegría,
Tú harás que en mi pecho renazca la virtud.
Por ti serán mis votos, mis tiernos sentimientos;
En ti mis esperanzas vivirán mejor;
Que sola tú mereces mis nobles pensamientos,
Tú sola, Virgen mía, madre de un santo amor.

XII.

A MARÍA.

Reina hermosa, generosa,
Pues me amas, en tus llamas
Arda amante mi constante
Corazón cual serafín.

Sigu ardiente la corriente
De tu astro, como el astro
Matutino va vecino
De la aurora en el confín.

No me dejes, no te alejes,
No varies, no desvies
Por enojos esos ojos
En que el mismo Dios se ve.

Dulce estrella, santa y bella,
Rumbo cierto, rico puerto
De esperanza, con bonanza
Por el golfo llévame.

Madre mia, luz del día,
Pues me amas y derramas
Mil consuelos de los cielos,
Soberana Emperatriz;

Á tú anhelo y á tú vuela
Victorioso, jubiloso,
Y en los lazos de tus brazos
Suba salvá a ser feliz.

FIN.
ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

PRÁCTICAS PARA LOS ACTOS DE LA VIDA EXTERIOR

1. — Al levantarse de la cama.
  12
2. — El estudio o el trabajo.
  14
3. — Los negocios.
  16
  18
5. — Las comidas.
  20
6. — El paseo.
  21
7. — Las diversiones.
  23
8. — Al acostarse.
  24

SEGUNDA PARTE

PRÁCTICAS PARA LOS ACTOS DE LA VIDA INTERIOR

1. — La meditación.
  28
2. — La misa.
  30
3. — La comunión.
  32
4. — Acción de gracias.
  35
DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES.

CORONA

y. Dios mio, venid á mi ayuda.
y. Señor, atended pronto á mi socorro.
y. Como en un principio, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amen.

OFRECIMIENTO.

Soberana Señora y Reina de los Ángeles, virgen y Madre de Dios, imploramos vuestro socorro para rezar vuestra Corona, uniéndonos con todos los espíritus celestiales para alabaros, bendeciros y glorificaros, y para pediros, mediante su intercesión, vuestro amparo y protección y remedio para todas nuestras necesidades corporales y espirituales (y en especial....) y para las de la Iglesia y del reino. Amen.

EN LA PRIMERA GERARQUÍA

Soberana Emperatriz de los cielos, más pura que todos los Ángeles, más excelsa que los Arcángeles y Señora de los mismos espíritus Principados, alcanzadnos el don de la fe y haced que sea siempre en nosotros más firme y más viva,
para que podamos agradar siempre á Dios en to-
das nuestras obras. Amen.

1. La soberana Reina de la Córte angelical,

Padre nuestro.

1. Os saludamos, Reina de los Ángeles,
2. Con todos los Ángeles.

Ave María.

1. Os saludamos, Reina de los Arcángelos,
2. Con todos los Arcángelos.

Ave María.

1. Os saludamos, Reina de los Principados,
2. Con todos los Principados.

Ave María.

1. Gloria al Padre....
2. Como en un principio....

EN LA SEGUNDA GERARQUIA.

Soberana Emperatriz de los cielos, Senora de las Potestades, Princesa de las Virtudes y Reina de las Dominaciones, alcanzadnos la virtud de la esperanza y robustecedla siempre más en nosotros, para tener constantemente fijo nuestro pensa-
miento en los bienes del cielo. Amen.

1. La sobera Reina de la Córte angelical,

Padre nuestro.

1. Os saludamos, Reina de las Potestades,
2. Con todas las potestades.

Ave María.

1. Os saludamos, Reina de las Virtudes,
2. Con todas las Virtudes.

Ave María.

1. Os saludamos, Reina de las Dominaciones,
2. Con todas las Dominaciones.

Ave María.

1. Gloria al Padre....
2. Como en un principio....

EN LA TERCERA GERARQUIA.

Soberana Emperatriz de los cielos, más hermo-
sa que los Tronos, más sabia que los Querubines y más encendida en el divino amor que los mismos Serafinos, alcanzadnos la perfección de la caridad, para que podamos amar siempre más y más á Dios, de todo nuestro corazón, de toda nuestra alma y de todas nuestras potencias Amen.

1. La soberana Reina de la Córte angelical,

Padre nuestro.

1. Os saludamos, Reina de los Tronos,
2. Con todos los Tronos.

Ave María.

1. Os saludamos, Reina de los Querubines,
2. Con todos los Querubines.

Ave María.
Dios te salve, Reina de los Ángeles; Dios te salve, Señora de todos los Santos; Dios te salve, Emperatriz del universo y Madre virginal del mismo Dios: Os saludamos, os bendecimos y os gloriificamos con todo el afecto de nuestro corazón, unidos en espíritu á todos los que en el cielo y en la tierra os saludan, os bendicen y os glorifican, y postrados con la mayor humildad y respeto ante vuestro trono, os pedimos aceptéis nuestros obsequios, atendais á nuestras súplicas, nos guardeis siempre bajo el amparo de vuestro patrocinio, y nos mostreís á Jesus vuestro Hijo santisimo en la hora de nuestra muerte para gozar de él con vos en el cielo; oh clementísima, oh piadosísima, oh dulcísima Virgen María! Amen.

**LETANÍAS.**

Señor, misericordia.
Jesucristo, misericordia.
Jesucristo, oyenos.
Jesucristo, escúchanos.

Dios, Padre, desde los cielos,
Dios, Hijo, Redentor del mundo,
Ten piedad de nosotros.
Dios, Espíritu Santo,
Santa Trinidad, un solo Dios.
Santa María,
Santa Madre de Dios,
Santa Virgen de Virgenes,
Reina de los Ángeles,
Reina de los Arcángeles,
Reina de los Principados,
Reina de las Potestades,
Reina de las Virtudes,
Reina de las Dominaciones,
Reina de los Tronos,
Reina de los Querubines,
Reina de los Serafines,
Reina de las celestiales Gerarquías,
Reina de todos los órdenes de los espíritus superiores,
San Miguel,
San Gabriel,
San Rafael,
Santo Ángel, Príncipe de España,
Santos Ángeles,custodios nuestros,
Santos Siete Principes, que estais ante el divino trono,
Santos Serafines,
Santos Querubines,
Santos Tronos,
Rogad por nosotros.
Santos Principados,
Santos Arcángeles,
Santos Ángeles,
Santas celestiales Gerarkinías,
Rogad por nostros,
Espíritus bienaventurados de todos otros,
os órdenes,
Santos y Santas todas del cielo.
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, perdónanos, Señor.
Cordero de Dios... oyenos, Señor.
Cordero de Dios... apiádate de nos, Señor.

Oración.

Omnipotente sempiterno Dios, que constituyiste a la Madre amansísima de tu Unigénito Hijo sobre todos los coros celestiales, y la coronaste como Reina soberana de todos los Ángeles, concédenos propicio, por su intercesión poderosa, que todos los que veneramos su gloria en la tierra seamos por ella protegidos en todas nuestras necesidades espirituales y corporales durante nuestra vida, y conducidos después á las mansiones eternas de la gloria. Por el mismo Señor Jesucristo que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.
Esta Asociación publica libros de propaganda y facilita su adquisición aun a los más pobres, admitiendo su pago en plazos. El importe de suscripción a la Revista que publica es 36 rs, al año. Su Administración en Madrid, Jardines, 20, bajo.